

¿Dices que Amas a Dios, pero aborreces a tu prójimo? //

Martín Campanela

La palabra de Dios y la mansedumbre

La palabra de Dios, cuando es escuchada con sabia mansedumbre, tiene el poder de transformar nuestras vidas. La mansedumbre nos permite recibir la palabra sin obstáculos y dejar que fluya directamente desde el corazón de Dios hacia nuestro corazón. Se necesita esta actitud para que la enseñanza de Dios produzca fruto y nos guíe en nuestro caminar diario.

Una palabra edificadora

No basta con escuchar cualquier palabra; necesitamos una palabra que nos edifique, que confronte nuestro corazón y nos haga reflexionar sobre nuestra vida. Es fundamental pedir a Dios que bendiga cada momento de enseñanza, para que su palabra tenga un impacto profundo en nuestro espíritu y transforme nuestra conducta y actitudes.

Comunión con Dios y su importancia

La comunión con Dios es la base de toda unción, poder y gozo en el servicio. De Él provienen la gracia, la fortaleza y la alegría necesarias para cumplir nuestro ministerio. Sin esta relación íntima, cualquier esfuerzo espiritual carece de fuerza y efectividad.

Comunión con el prójimo

Sin embargo, la comunión con Dios representa solo el 50% de nuestra tarea. La otra mitad está en la relación con nuestro prójimo, la cual es igualmente esencial. Es fácil encontrarnos

a solas con Dios, pero debemos esforzarnos por mantener relaciones sanas y amorosas con quienes nos rodean. Como dice Marcos 12:30-31, amar a Dios y amar al prójimo son inseparables.

Definiendo al prójimo

El prójimo no se limita a las personas que encontramos ocasionalmente, sino que incluye a los más cercanos: familia, líderes espirituales, hermanos en la fe y personas con quienes compartimos ministerio. Paradójicamente, es más sencillo ser amable con extraños que con quienes están más próximos, lo cual representa un desafío constante.

La negación de sí mismo y dependencia de Dios

Para poder amar y servir adecuadamente, debemos aprender a negarnos a nosotros mismos, no solo en lo material, sino también en actitudes, emociones y sentimientos heridos. Esto implica dejar que Dios se ocupe de nuestra vida y aprender a vivir en dependencia de Él, confiando en que Él cuida de nosotros (1 Pedro 5:7).

Madurez espiritual y revelación personal

La madurez espiritual es un proceso que requiere tiempo y experiencia. La edad en la vida espiritual, al igual que en la natural, es un indicador de crecimiento y aprendizaje. Nadie debe pensar que lo sabe todo; siempre hay espacio para aprender y comprender más profundamente la obra de Dios.

La obra de Dios y la prioridad del prójimo

Recordemos que la obra de Dios es un medio, no un fin. El objetivo principal de todo ministerio debe ser el prójimo. No

podemos permitir que nuestras relaciones se deterioren por enfocarnos únicamente en tareas o actividades, sino que debemos priorizar el amor y la atención a los demás.

Fidelidad de Dios y responsabilidad personal

Dios es fiel y todo lo que se siembra dará fruto a su debido tiempo. Aun en medio de tribulaciones y tropiezos, lo importante es quiénes somos delante de Dios. Negarnos a nosotros mismos nos permite reflejar su amor y enseñar a otros con integridad y coherencia.

Hospitalidad, generosidad y unción de unidad

La hospitalidad y la generosidad son signos visibles de conversión y madurez espiritual. Respetar y honrar a los demás es fundamental. Existen tres tipos de unción: personal, ministerial y la unción de la unidad del cuerpo, esta última requiere postergarnos y negarnos a nosotros mismos por el bien de la comunidad.

Amar a Dios y al prójimo como mandamiento central

El amor a Dios y al prójimo es el mandamiento central de nuestra fe. No podemos decir que amamos a Dios si no amamos a nuestros hermanos. Jesús nos enseña que la verdadera devoción se refleja en nuestras relaciones más cercanas, y nuestra actitud hacia ellos determina nuestra relación con Dios.

El valor del ejemplo y la bienaventuranza del dar

Más allá de nuestras acciones, lo más importante es quiénes somos. Ser un ejemplo para los demás y vivir el amor de Dios a

través de nuestro comportamiento tiene un valor incalculable. Dar de nuestro tiempo, amor, perdón y enseñanza es más bienaventurado que recibir, y estas acciones deben comenzar con los más cercanos antes de extenderse a otros.